

Sumario

*Página 1***Editorial: ¿Problema de estilo o de estilos de desarrollo?**

*Página 4***Elegante Export
Por Guillermo Bellingi**

*Página 19***Aproximación al debate sobre los Términos de Intercambio y futuros interrogantes
Por Josefina Marcelo**

Entrelíneas de la Política Económica

¿Problema de estilo o de estilos de desarrollo?

Las recientes protestas de las capas medias urbanas que tuvieron lugar en las principales ciudades del país y que arrastran el mote de “cacerolazo”, ponen de manifiesto las contradicciones propias del proceso de desarrollo iniciado en el año 2003, después de casi tres décadas de retroceso económico y social.

Se argumenta que el factor unificador de distintas protestas individuales es el “estilo” de comunicación del gobierno. Es cierto que el gobierno podría mejorar la forma de comunicación a la población acerca del rumbo del modelo y las políticas aplicadas, sobre todo porque existe una proporción de la población “neutral” que ayudó al éxito electoral del gobierno y se encuentra en el medio de la disputa por la construcción del relato. Los instrumentos con los que cuenta el gobierno para dar esa batalla son infinitamente inferiores respecto de la capacidad de instalación del discurso del sector opositor.

Sin embargo, hay que destacar desde el punto de vista comunicacional, una clara evolución entre la situación actual y la que sucediera en 2008 con la rebelión fiscal del sector agropecuario frente al intento por aplicar retenciones móviles. La mejor instalación de los temas importantes como la estatización de las AFJPs, la asignación universal por hijo, la expropiación de YPF, el aumento de los haberes jubilatorios, etc., además de tener como virtud el efecto sorpresa que ha caracterizado a los últimos años del gobierno de CFK, han mejorado sustantivamente las formas de comunicar del gobierno. Quizás como muestra más representativa de esta mejoría, se puede destacar la reutilización de las audiencias públicas y masivas en todo el país en la discusión previa a la aprobación de la ley de servicios de comunicación audiovisual.

No obstante eso, el “cacerolazo de la gente” exige interrogarse si estamos ante un problema de estilo comunicacional o si es el reflejo de algo mucho más profundo de lo que aparece en la superficie.

Esto nos retrotrae a una discusión de los años 70 respecto a los límites estructurales que presentaban los procesos de industrialización de América Latina, y sus formas de superarlos. El modelo actual parte de una estructura productiva fuertemente heterogénea y especializada, en la que los “sectores modernos” no tienen la capacidad de absorber toda la mano de obra sin generar déficits de divisas. Si bien la Argentina había logrado relajar relativamente estas restricciones durante el proceso de industrialización sustitutivo de importaciones de postguerra, la dictadura vino a profundizarlos. Durante 20 años de democracia esta estructura no logró alterarse y se consolidó, manifestándose en un estilo de desarrollo basado en la inserción como exportadores de commodities y en la expansión del consumo de bienes durables y servicios hacia crecientes franjas de población de sectores medios que se integran al sector “moderno” a un ritmo menor al que pueden ser absorbidos como fuerza de trabajo en ese sector, generando expectativas de acceso al consumo suntuario que se ven frustradas.

El problema es que el modelo opera y colisiona con una estructura económica desequilibrada, con sectores modernos altamente desintegrados nacionalmente, con elevado grado de transnacionalización y debilidad de un empresariado nacional que

Staff

DIRECTOR
Lic. Gerardo De Santis**COORDINADOR**
Lic. Germán Saller**CONSEJO EDITORIAL**
Lic. Alfredo Iñiguez
Dr. Pablo Lavarello
Lic. Miguel Zanabria**EQUIPO DE INVESTIGACIÓN**
Lic. Fernando Alvarez
Lic. Julián Barberis
Lic. Guillermo Bellingi
Lic. Roberto Collivignarelli
Lic. Matías Mancini
Lic. Manuel Rodríguez
Lic. Rafael A. Selva
Cdor. Diego Turkenich
Lic. Julieta Biasotti
Lic. Josefina Marcelo**ÁREA DE PRENSA**
Lic. Edgardo Corroccoli
Lic. Federico Serra
María Verónica Torras

tenga el interés de llevar adelante una diversificación de sus negocios más allá de los sectores "blandos" de las actividades financieras, comerciales y de exportación de commodities en las que el país cuenta con ventajas comparativas gracias a condiciones naturales y a promociones industriales llevadas adelante en el pasado.

Tanto la situación mundial como la rapidez y vitalidad del crecimiento argentino en estos últimos años, llevan a la manifestación más explícita de las restricciones que debe soportar el crecimiento con orientación inclusiva. Esas restricciones constituyen "un dato" para el diseño de políticas económicas.

Así como en el año 2008, el diferencial de productividades entre el campo y la industria por un lado, y el hecho de que las exportaciones son en gran parte alimentos que consumimos los argentinos, hicieron que el Gobierno tuviera que defender a rajatabla el mantenimiento de las retenciones para mantener el componente inclusivo, hoy el gobierno debe administrar el tipo de cambio por las mismas razones.

Decir que Argentina no produce dólares, es una verdad de Perogrullo: los tiene que conseguir a pesar de que cuenta con una estructura económica desequilibrada, con sectores modernos altamente desintegrados nacionalmente, con elevado grado de transnacionalización y sin una burguesía nacional a la altura de las circunstancias.

El ritmo de crecimiento de las exportaciones agroindustriales no es suficiente para satisfacer la demanda de dólares para la importación de bienes, tanto para su uso en la producción como para el consumo final de los "nuevos consumidores", ni para satisfacer la demanda especulativa de divisas.

En este último caso, el BCRA no puede aumentar las tasas de interés porque esto provocaría una caída de la demanda y por lo tanto el sofocamiento de la inversión. Algo parecido ocurriría con una devaluación con el agravamiento de arriesgarse a acelerar el proceso inflacionario. En ambos casos con efectos distributivos regresivos.

El uso especulativo de las divisas también es un dato estructural, pero en esta oportunidad, ir en contra de él no es contrario a la inclusión social. El uso de la soberanía monetaria que tiene el Estado para fines de inclusión, exige que el peso sea la unidad de cuenta en territorio argentino.

Es claro que el único negocio que permite el modelo es la inversión en proyectos productivos. El gobierno debería explotar aún más esta línea de acción haciéndola más atractiva para quienes tienen capacidad de ahorro (la zanahoria); mientras que el cambio de mentalidad exige el uso del bastón fiscal (monopolio del Estado), al limitar la venta de dólares sólo para usos legítimos que hacen a la reproducción de la sociedad en su conjunto y siempre que se cumpla con las obligaciones impositivas.

Como consecuencia, las clases medias/medias altas tienen dificultades para el acceso a las divisas como pretenden, para reproducir su estilo de consumo moderno al mismo tiempo que las clases medias/medias bajas ven frustradas sus expectativas de sumarse al sector moderno como trabajadores y consumidores.

Para una economía que no replica en términos productivos ni tecnológicos ese tipo de consumos por las características de nuestra estructura económica, las restricciones aparecen no sólo afectando al consumo de los históricos privilegiados, sino también afecta la expectativa de quienes tienen ingresos medios que pretenden acceder a él.

La heterogeneidad entre los asalariados implica que un modelo de crecimiento basado en una estrategia productiva en bienes de consumo homogéneos, para aprovechar las escalas, genera contradicciones con la pretensión de un consumo sofisticado.

Lamentablemente esto bloquea temporariamente la consolidación de un círculo virtuoso

de consumo de bienes durables, mayor producción de los mismos, aumento de productividad, aumento de salarios.

Lo descripto exige una discusión algo más profunda que un simple viraje en el “estilo” comunicacional del gobierno sino más bien repensar el estilo de desarrollo donde inevitablemente se generan antagonismos dado el carácter dependiente de la inserción internacional de la economía, donde la estructura productiva muestra un grado de especialización inconsistente con la continua diferenciación de los patrones de consumo. Responder para quién, qué y cómo es definir el estilo del desarrollo; si se trata sólo de extender el consumo de bienes durables hacia nuevas capas de clases medias o también se orienta la demanda a las necesidades insatisfechas de carácter social de las franjas populares y medias, como lo son vivienda, salud, educación. Demandas que, como demuestra la experiencia histórica del peronismo, dan lugar a la construcción de lazos de legitimidad del proceso de desarrollo, que perduran en el tiempo más allá de los efectos de las millonarias campañas de publicidad de las grandes marcas de automóviles y electrodomésticos. Eso exige no sólo un tipo de cambio competitivo y diferencial según sectores sino también una política industrial que oriente la estructura económica hacia un patrón de demanda social deseado sin generar déficits recurrentes en la cuenta corriente de la balanza de pagos.

En el número de hoy se tratan dos temas que se encuentran vinculados a los problemas estructurales del desarrollo que hemos señalado. En primer lugar, se analiza el comportamiento de las exportaciones argentinas, su diversificación tanto por tipo como por destino. En segundo lugar, se realiza una primera aproximación al análisis de los términos de intercambio, siguiendo a los pioneros de la teoría estructuralista latinoamericana.